

***La Vénus d'Ille*, de Mérimée: Evolución de las traducciones al español**

*Manuela San Miguel
Cristina Valderrey
Univ. de Salamanca*

A causa, quizá, de su estrecha vinculación con España, la obra de Prosper Mérimée ha sido traducida al castellano en su mayor parte, y no sólo su producción novelística, sino también el *Teatro de Clara Gazul*, una selección de la correspondencia y una parte nada despreciable de las obras históricas. Precisamente la Historia del Rey D. Pedro de Castilla, se editaba en Madrid, ya en 1848; pero fue sobre todo a partir de 1891 cuando se multiplicaron las versiones. Aunque, sin duda, han sido *Carmen* y *Colomba* las obras más traducidas, no hemos centrado en ellas nuestra atención, sino en una de las novelitas más características de su autor, que cuenta con todos los ingredientes que llevaron al culmen "l'art de la nouvelle".

Su argumento es, en síntesis, el siguiente: Un erudito rosellonés, M. de Peyrehorade, ha descubierto en Ille una antigua Venus de bronce, de la que se siente muy orgulloso. El hijo de Peyrehorade, Alfonso, mientras juega un partido de pelota la mañana de su boda, pone el anillo de pedida en el anular de la Venus y allí lo deja olvidado. Cuando después de la ceremonia quiere recuperar el anillo, no puede hacerlo, pues se lo impide la estatua. A la mañana siguiente, Alfonso aparece en el lecho nupcial muerto violentamente y la joven desposada cuenta, aterrada, cómo ha sido la Venus, quien lo ha asfixiado en un mortal abrazo.

Este relato de misterio y, en particular, la interpretación de unas inscripciones de la estatua, se convierten, no sólo en pretexto para una sátira de los "anticuarios" provincianos, sino en vehículo privilegiado de uno de los temas recurrentes del autor: la mujer-mantis, la amante fascinadora y maléfica.

En una primera parte de nuestro trabajo, pasaremos revista a las distintas ediciones, que se sucedieron a lo largo de casi cien años, para después, en una segunda parte, analizar cómo los traductores supieron, con mayor o menor acierto, trasladar esa mezcla de erudición, ironía, incursión en lo fantástico, que configura el tan característico estilo de Mérimée.

Si consultamos la *Bibliographie des oeuvres de Prosper Mérimée*, de Trahard y Josserand, obra de obligada referencia para cualquier trabajo merimeísta, encontraremos reseñada como primera traducción al castellano de *La Venus d'Ille*, la de D. Pedro de Tornamira, en 1911. Se incluía en un volumen in 4º, de 357 pp., magníficamente editado por Montaner y Simón, en Barcelona. El libro, ornado por 27 magníficas ilustraciones de Carlos Vázquez, comprendía, además de la antedicha "nouvelle", *Arsenia Guillot* (Arsenio figuraba en la cubierta), *El Abate Aubain*, *Una corrida de toros* y *Carmen*, que daba nombre al volumen. Pese a lo cuidado de la edición, ésta no se acompañaba de justificación, prólogo, ni cualquier otro aparato crítico.

Diez años más tarde, aparecía la primera traducción aislada de la "nouvelle" que nos ocupa, obra de Bernardo G. de Cándamo. Se publicaba en Madrid, en 1921, en la colección *Iris*, una de las colecciones de pequeño formato (16º) de la Biblioteca Estrella, dirigida por Gregorio Martínez Sierra, quien señalaba como característica esencial de sus publicaciones el buen gusto, tanto en *la escrupulosa selección de los textos*, como en *el esmero de las traducciones, todas a cargo de escritores ilustres*.

A ésta edición, siguieron otras dos, sin mención de traductor, y de características bien diferentes. La primera, la publicaba en Madrid, sin fecha, Gráficas Diana, en la Colección *Novelas y Cuentos*. La otra, la editaba, en 1942, en Barcelona, la Editorial Apolo. Se trataba de un volumen in 8º, incluido en la *Biblioteca Freya*, en el que *La Venus de Ille* acompañaba a *Doble equivocación*.

Frente a lo efímero de las dos ediciones anteriores, la que sin duda estaba llamada a gozar de una más larga vida, por su inclusión en la popular colección *Austral*, era la que, en 1950, publicaba, en Buenos

Aires, Espasa-Calpe. No aportaba, sin embargo, novedad alguna, ya que la traducción era la ya citada de Tornamira. Pese a ir acompañada por otras dos "nouvelles", *La Venus de Ille*, daba nombre al volumen.

No faltaron después de 1950 las traducciones de *La Venus d'Ille*, aunque ninguna llegaría a alcanzar tan grande difusión como la traducción de Tornamira. Así, en 1981, Bruguera publicaba, en Barcelona, la traducción de Manuel Serrat Crespo, incluida en un volumen que, con el título de *Carmen y otros cuentos*, formaba parte de la colección de bolsillo *Libro Amigo*. Completaban la edición, aparte de una pequeña noticia biográfica y un prefacio de Georges Steiner, tres "nouvelles", cuya selección la justificaba el editor y traductor del volumen, por su mero gusto personal, aunque dando preferencia a los temas españoles.

Cuatro años más tarde, lanzaría la misma editorial una nueva edición de *Carmen*, a la que acompañaba *La Venus de Ille*. La publicación se incluía esta vez en la colección *La Novela de Papel*, cuyo propósito, según declaraba la editorial, era poner cada semana al alcance del *apresurado lector un mosaico de las grandes culturas literarias, los mejores géneros y las más brillantes épocas*, ofreciendo una selección de *textos impecables, en pulcras traducciones*, y todo ello *sin agobios de horario, sin un dispendio importante, sin incomodidad ni engorros*. La idea no era nueva, en absoluto, ya que la colección remedaba a los populares fascículos que, siguiendo el ejemplo de *El Cuento semanal*, tanto proliferaron en el período de entreguerras. Sin embargo, pese a sus excelentes intenciones, *La novela de papel* no se vio acompañada del éxito esperado.

Mejor fortuna acompañó a otra empresa editorial que, guiada por una intención similar, se comprometió en una apuesta más arriesgada. En efecto, el Club Internacional del Libro lanzaba en Madrid, por la misma época, una colección de *Grandes Genios de la Literatura Universal*, destinada también al gran público. Pero, a diferencia de *La Novela de papel*, cifraba su principal atractivo en una vistosa encuadernación en piel gofrada y estampada en oro, con formatos variopintos. El número 107 de la colección, un volumen in 8º mayor, titulado *Carmen y otros relatos*, incluía, en traducción de Federico Zaragoza, otras cuatro "nouvelles" y, entre ellas, *La Venus de Ille*.

Y también en 1985, aparecía otra traducción, obra de Augusto Herranz Parsonage, con el título *Lokis & La Venus de Ille*. La publicaba, en Barcelona, la editorial Fontamara, en su colección *Rutas*, de narrativa de

aventuras, terror y misterio e incluía una "Nota a la edición" y una "Nota biográfica", a cargo del director de la colección, Emilio Olcina, así como sendas notas introductorias a las novelas. En la primera nota, se justificaba la selección, considerando que las dos obras *destacan a gran altura* entre la producción de Mérimée en el ámbito temático del *terror sobrenatural*, unido al hecho de que *ambas narraciones son modélicas en cuanto al nexo entre el sexo y el horror*. En cuanto a la *Nota biográfica*, aunque sucinta, no elude un ajustado análisis de los rasgos generales de la obra merimeista, así como la referencia, obligada, a esa duplicidad característica de la personalidad del autor, que tan bien supo describir Taine. Finalmente, en lo que concierne a la nota introductoria a *La Venus de Ille*, si bien resulta pertinente y bien documentada en cuanto a las fuentes, es escasamente original, ya que se halla tomada casi íntegramente de la edición de las *Nouvelles complètes de Mérimée* por Pierre Josserand para *Le Livre de Poche*.

Pero nos resta aún el referirnos a una traducción que reviste, a nuestro juicio, una especial relevancia, al menos desde un punto de vista bibliográfico. Como señalábamos antes, de la consulta de la obra de Trahard y Josserand antes citada, deduciríamos que la primera traducción al castellano de *La Venus d'Ille*, fue la de Pedro de Tomamira, información que confirmaría una consulta apresurada al *Manual del librero...* de Palau, fuente inestimable de referencia bibliográfica. Sin embargo, tras una lectura atenta de esta última obra, encontramos en el apartado de las ediciones de *Obras completas* de Mérimée la siguiente observación, que citamos textualmente:

Es curioso observar que la primera edición en colección de diversas obras se publicó en castellano con carácter de selección de gran parte de la producción del autor. A saber:

– Cuentos y novelas. trad. por E. Ruiz Montero. Ilustraciones de Luis Labarta, B(arcelona), Ramón Molinas (hacia 1890).

No hemos tenido ocasión de poder dar la relación de contenido pues es ya rara.

Pues bien, hemos podido consultar la obra en cuestión (que carece de referencia de año) y su contenido incluye, además de *Colomba*, que encabeza el volumen, dos traducciones de Puschkine (sic.) y diez "nouvelles", entre ellas la que constituye el objeto de nuestro estudio y

que el traductor titula *La Venus de Illa*. Concluye el volumen con un estudio sobre "Próspero Mérimée y sus obras", por H. Taine, tomado de la edición de *Lettres à une inconnue*, que, a partir de entonces, ha acompañado, a guisa de prólogo, a varias traducciones de las obras de Mérimée.

La traducción de Ruiz Montero sería, pues, anterior en más de una década a la clásica de Tornamira y merecedora, como tal, de una especial atención por nuestra parte. Se distingue claramente de cualquiera de las que siguieron, entre otras razones, porque es la única que utiliza sistemáticamente el plural de cortesía, que había dejado de ser habitual mucho tiempo antes en la narración de hechos contemporáneos.

Por otra parte, aun reconociéndole el mérito indiscutible de haber sido la primera de las traducciones, hay que señalar que adolece de serios defectos, debidos sin duda al apresuramiento.

Habiendo optado Ruiz Montero por la traducción de los nombres propios, lo hace a ultranza, tanto si se trata de lugareños –*Juan Coll*– como de personajes históricos –*Tétrico, Germánico, Eutiquio*–, llegando al extremo de naturalizar apellidos ilustres –*Grutero, Orellio*– o topónimos –*Ille*, que convertirá en *Ilia*–. En contrapartida, incurre en la incoherencia de conservar el tratamiento francés de cortesía –*M. y Mme. de Peyrehorade, Mlle. de Puiggarrig*– y, lo que llama aún más la atención, *M. y Mme. Alfonso*.

Por otra parte, utiliza en ocasiones préstamos, como *toilette* o *dandy*, carentes a veces de sentido –como la interjección *¡Pecaire!*– y traduce demasiado literalmente, lo que le lleva a calcos un tanto chocantes y le hace, esporádicamente, tergiversar el sentido, como al traducir *una provinciana rehacia*, donde habría tenido que traducir *una provinciana consumada*, o cuando hace concluir la cantilena del "anticuario" con una *caída*, en lugar de un *final* o una *salida*. Incluso no falta la ocasión en que, confundiendo una interjección con un nombre propio, llega a una frase absolutamente incoherente:

¡Quereis decir el casamiento de ese chico! - exclamó interrumpiendo Bagatela.

Habiendo debido traducir:

¡Quereis decir el casamiento de ese chico! ¡Una bagatela! - exclamó interrumpiéndome.

A la traducción de Ruiz Montero, siguió, como sabemos, la de Pedro de Tornamira, en edición muy similar, aunque tratándose de un trabajo más cuidadoso. En efecto, no sólo abandona el plural de cortesía, sino que sabe distanciarse del texto original cuando es necesario, evitando en gran medida los calcos y galicismos en que había incurrido su predecesor y consiguiendo una traducción fluida y coherente.

Por ejemplo, donde Ruiz había traducido: *riendo con gruesa risa*, Tornamira traducirá: *soltando una carjada*, y, análogamente, hablará del *teniente de alcalde*, en lugar del *adjunto del alcalde*, o pondrá en boca del narrador: *me llenaban de confusión*, donde su predecesor había empleado, erróneamente: *me embarazaban mucho*. Así mismo, cuando Ruiz señala que la joven *tuvo grande miedo*, Tornamira señala que *se asustó mucho*.

En cuanto a los nombres propios, también opta por traducirlos, sin incurrir en los extremos de su predecesor y traduciendo coherentemente las fórmulas de tratamiento, excepto en el caso de *M. Alphonse*, que convertirá en un simple *Alfonso*, y en el de *Mme. Alphonse*, que elude mediante una perifrasa, como, por ejemplo, *la joven desposada*.

Aunque, en líneas generales, puede hablarse de una buena traducción, cabe oponerle, lógicamente, algunos reparos. Uno de ellos es el empleo de aclaraciones demasiado farragosas. Así, de *une provinciale renforcée*, hará *una provinciana con humos de señora distinguida*, o bien traducirá: *ne se tournait que tout d'une pièce*, por: *no volvía la cabeza sin volver todo el cuerpo como de una sola pieza*, y, análogamente: *on apelle cela sa jarretière*, por: *esto representa la liga y se le da el nombre de tal*.

En contrapartida, omite alguna frase innecesaria para la comprensión del sentido, pero que suprime elementos que dicen mucho de la personalidad literaria de Merimée. Por ejemplo, cuando, a propósito de Alfonso de Peyrehorade, señala: *Entonces me pareció verdaderamente hermoso*, omite: *Il était passionné*. Con ello, está hurtando una marca característica de Merimée, quien, dentro de su exterior frío y escéptico, sentía una verdadera admiración por los caracteres apasionados, admiración que testimonia así, en *La Venus d'Ille*:

l'énergie, même dans les mauvaises passions, excite toujours en nous un étonnement et une espèce d'admiration involontaire.

Así mismo, cuando más adelante señala: *Le vi ponerse rápidamente un par de sandalias, arremangarse y ponerse al frente del partido vencido*,

omite: *comme César ralliant ses soldats à Dyrrachium*. Evidentemente, la omisión no tiene trascendencia para la comprensión del pasaje, pero, en cambio, amputa uno de esos toques de erudición con que Mérimée sazónaba cualquiera de sus novelas y que, en este caso, servía para apoyar la solvencia científica del narrador y hacerlo garante de la autenticidad del suceso fantástico del que luego será testigo.

Así mismo, al traducir: *ne bougeait pas plus qu'un Terme*, lo hace por: *permanecía inmóvil como un poste*. Con ello, nada se puede reprochar a la frase resultante, ni estructural ni semánticamente, pero se elude otro rasgo característico de la erudición merimeista. Es verdad que la traducción literal de Ruiz Montero para la misma frase —*no se meneaba más que un Término*— adolecía de una cierta oscuridad, pero fácilmente podría aclararse, mediante una nota que explicara que las estatuas de los dioses Términos servían, en la antigua Roma, de límites a los campos, por lo que resultaba un sacrilegio desplazarlos. De cualquier manera, prueba de la bondad de la traducción de Tornamira es que conservará su vigencia por más de medio siglo.

En cuanto a la traducción de Manuel Serrat, aunque éste anuncia su propósito de respetar las construcciones y modismos roselloneses, que Mérimée pone en boca del lugareño de Ille, su trabajo dista poco en este aspecto de cualquiera otra de las traducciones de *La Venus d'Ille*. En cambio, lo que sí hace es añadir, al final del texto, cuatro notas explicativas, ausentes en las traducciones precedentes, y que, a partir de entonces, figurarán de manera constante.

La primera, acompaña a unos versos que recita el señor de Peyrehorade, parafraseando el *Anfitrión* de Molière:

¡Con cierta irreverencia
habla de los dioses mi parienta!

En su nota, Serrat restituye los versos originales:

Comme avec irreverence (sic)
parle des dieux ce maraud
(*Amphitryon*, I, ii)

Tanto la segunda como la cuarta notas, se refieren a sendos versos que, en latín, recita el anticuario provinciano:

Veneris nec praemia noris

y

Manibus date lilia plenis.

Serrat ofrece la traducción de ambos, además de proporcionar la referencia de la Eneida, de la que están extraídos:

No conocerás los placeres de Venus (IV, 83 sic.)

y

Dadle lirios a manos llenas (VI, 883)

Finalmente, en la tercera nota, explica, a propósito de una comparación efectuada por Peyrehorade, cómo Venus se vengó de Diomedes, transformando a sus compañeros en pájaros blancos. Precisamente esta nota, traducción literal de la ofrecida por Josserand, en su edición de las *Nouvelles complètes de Mérimée*, nos ratifica en la idea de que las cuatro notas de Serrat, no son de cosecha propia, sino tomadas de la edición citada; algo fácil de sospechar, si se tiene en cuenta que son precisamente esas las que Josserand proporciona en su edición y no ninguna otra, entre las muchas que podrían resultar pertinentes.

Pero, volviendo a la traducción propiamente dicha, la de Serrat no deja de tener aciertos. Por ejemplo, al traducirla por *¡Pobre!*, da con el sentido de conmiseración que connota la interjección *Pecaire!*, que Tornamira había traducido inadecuadamente por *¡Caramba!* y que incluso en alguna traducción posterior llegará a interpretarse por *¡Mala bestia!*. De igual manera, Serrat es el único que transcribe literalmente el adjetivo *chiné*, aceptado por la Real Academia Española para calificar una cierta clase de seda, rameada o de varios colores, y que los demás traductores interpretarán como: *mezclilla de seda, seda teñida, seda china...*

Así mismo, acierta traduciendo: *un peu trop grasse*, por: *algo metida en carnes* y no por: *un poco demasiado gruesa*, como se leía en alguna traducción precedente. O halla el correcto sentido de: *c'est un admirable morceau*, que quedará fijado como: *es una pieza admirable*, habiendo llegado a traducirse antes, al borde del ridículo, por: *es un admirable trozo*.

También traduce Serrat correctamente *gents d'esprit*, por: *gente cultivada*, mientras que Ruiz Montero había traducido dicha locución por *gentes de chispa*. Análogamente, en: *tan cogida por los pelos me pareció la explicación*, reformula correctamente la expresión que Tornamira había traducido como: *tan tirada por los cabellos me pareció la explicación*. Y, más aún, encuentra en: *¿se acuerda Vd. de mi anillo?*, la fórmula adecuada para la interrogación: *vous savez bien, mon anneau?*, que había sido interpretada demasiado literalmente por los traductores precedentes.

En cuanto a la traducción de Herranz Parsonage, comienza por insertar el fragmento, en griego, del *Philopseudès* de Luciano, que Mérimée había incluido como epígrafe de la novela y que omitieron, ignoro por que razón, los demás traductores. La versión al castellano que nos brinda Herranz, de dicho fragmento, es traducción literal de la ofrecida por Josserand en la edición mencionada. Así mismo, parecen proceder de ésta tres notas que acompañan la traducción y que son, ligeramente modificadas, las mismas que había ofrecido Serrat, omitiendo la relativa a Diomedes.

Así, Herranz reformulará la cita de Anfitríon como:

¡Con cuanta irreverencia habla de los dioses este pícaro!

que, en boca de Peyrehorade, se transformará en:

¡Con cuanta irreverencia habla mi costilla de los dioses!

En cuanto a las citas de *La Eneida*, traduciendo más literalmente, hará de los placeres, presentes:

No conocerás los presentes de Venus

En cambio, permitiéndose una licencia, convertirá los lirios en azucenas:

Dad azucenas a manos llenas

Por lo demás, poco aporta esta traducción a las anteriores, como no sea la matización del término *anticuario*, que sustituye por: *un hombre muy entendido en antigüedades*, precisión útil, si se tiene en cuenta que en la actualidad se entiende más por anticuario un hombre que se dedica al comercio, que alguien que se pretende erudito, como M. de Peyrehorade. O la traducción de: *son jabot si bien plissé*, que Herranz vierte como: *su chorrera tan bien plisada*, mientras que sus predecesores habían traducido: *su pechera tan bien planchada*, lo que resulta menos acorde con el tipo pasado de moda con que Merimée quiere presentar al anticuario provinciano. O la correcta versión de la expresión *tremblant de tous ses membres*, que, traducida hasta entonces literalmente, Herranz formulará como: *temblando de pies a cabeza*.

En contrapartida, se permite deslices, como el calificar a Mme. de Peyrehorade de *provenzal robusta*, cuando en el original se trataba de *una persona muy provinciana*, o transformar el *cuello de terciopelo* de Alfonso en un *cuello de veludillo*, o hacer al narrador mirar a la estatua *nariz a nariz*, en vez de *cara a cara*.

Por último, la versión de Zaragoza tampoco supone una aportación sustancial a la traducción de *La Venus d'Ille*, careciendo, a veces, sus reformulaciones de sentido. Por ejemplo, cuando, sustituye *retratar* o *pintar a los santos*, por: *tomar apuntes de los santos*, que está fuera de lugar en el vocabulario de un campesino. O cuando traduce *micocoulier* por *palosanto*, que es un árbol tropical y no una variedad mediterránea del olmo, como el *almez* o *lodoño*.

La traducción de Zaragoza, incluye notas similares a las de Herranz y Serrat, añadiendo otra, bastante irrelevante, pues no consiste más que en la traducción de: *Quid dicis, doctissime?* - *¿Qué opinas sapientísimo?*-. En cambio, ni la traducción de Zaragoza, ni ninguna de las otras traducciones, señalan el origen de la expresión: *à grand renfort de bésicles*, tomada por Merimée del libro I de *Gargantua*, que García-Die, en su versión del libro de Rabelais, traducía por: *a golpe de anteojos*, y que nuestros traductores interpretarán de diversas formas, por ejemplo, como lo hace Herranz, que traduce: *a fuerza de emplear mis gafas*.

Pero más significativa aún es una cita que ninguno de los traductores localiza, si bien Tornamira ofrece la cita original en el texto y la traducción en nota a pie de página. Se trata de un verso que, como tantos otros, pone Merimée en boca de Peyrehorade:

C'est Vénus toute entière à sa proie attachée

Conocido, probablemente, por el lector francófono de una cierta cultura, ya que procede del Acto I, Escena III, de la *Fedra*, de Racine, pasará fácilmente inadvertido por el lector hispánico, si no se llama su atención mediante una nota.

Una vez trazada esta panorámica general, cabría analizar en profundidad los diferentes problemas de traducción que plantea *La Venus d'Ille* y las soluciones aportadas, en cada caso, por los diferentes traductores, pero ello es algo que rebasa los límites naturales de esta exposición. Esperamos, al menos, haber contribuido, en cierta medida, al estudio de la difusión de la obra de Mérimée en España y que nuestra reflexión sirva de punto de partida para ulteriores estudios.